

¿QUÉ PASA, MECHA?

Mecha trataba de enseñarles a sus alumnos a hacer cuentas. Muy fáciles, sumas y restas simples. Uno más uno, dos más dos...

Estaba empecinada, la pobre. No tenía muchas esperanzas de que aprendieran, pero después de todo ése era su trabajo: enseñarles las cuentas.

Mientras ella hablaba y escribía números en el pizarrón de la izquierda, sus alumnos miraban una arañita que caminaba por el techo. Como de costumbre, papaban moscas.

—Ahora díganme: ¿cuánto es tres más tres? —preguntó Mecha, sin dejar de escribir.

La pregunta los tomó por sorpresa. Se miraron confundidos. ¿De dónde se descolgaba la maestra con eso de “tres más tres”? ¿Tres qué? ¿De qué estaba hablando? No estaban preparados ni remotamente para resolver ya mismo un asunto semejante.

En esos casos lo mejor era no contestar. Cuando ellos no contestaban —ya sabían— la maestra se contestaba a sí misma. Y así fue. Esta vez hasta se felicitó:

—Muy bien —dijo Mecha—, tres más tres son seis.

Se sintieron contentos por Mecha. Según ella, había acertado con la respuesta. Un triunfo merecido. ¡Bien por Mecha! No era nada mala para las cuentas.

Vuelta a papar moscas. Dejaron de mirar la arañita y se pusieron a mirar la mancha de humedad.

La maestra siguió con los números y los garabatos sobre el pizarrón. Estaba blanca de tiza, muy concentrada en lo

suyo. Pensaron que lo mejor era no molestarla.

—Presten atención a esto. Quiero que entiendan bien la suma. Fíjense en lo que voy a dibujar.

En ese momento se abrió la puerta del aula y entró el ratón Mickey. Lo reconocieron enseguida por las orejas, los pantaloncitos con tiradores y los zapatones.

Se sentó entre ellos, en un banco que encontró desocupado.

Los alumnos dejaron de mirar la mancha de humedad y se dedicaron a mirar al ratón Mickey. No era alto. Así, sentado, no llegaba a tocar el suelo con los pies. Igual que ellos. Que tampoco eran altos y les quedaban las zapatillas colgando.

La maestra casualmente estaba dibujando unos ratones. Observaron que no le salían nada bien. Comparados con Mickey, los ratones de la maestra eran feos. En blanco y negro, desabridos, sin ninguna gracia. Mickey, en cambio, tenía manos de guante, pantalones colorados, zapatos amarillos y un hocico vistoso.

–Si yo tengo dos ratones –atacó Mecha– y aparecen dos ratones más, ¿cuántos ratones hay en total?

–Cinco –le contestaron, sin ninguna vacilación.

Mecha apoyó la frente contra el pizarrón y le salió un quejido de la garganta. En la garganta tenía el alma. Cuando ella se quejaba así, con el alma, era porque algo andaba mal.

El gesto los sorprendió. ¿Qué andaba mal. ¿Se habían equivocado en la cuenta? De ninguna manera. En total había cinco ratones. Los cuatro del pizarrón, más la visita.

Mickey no parecía interesado en la clase. Tampoco le molestaba el ruido que hacía Mecha raspando la uña contra el pizarrón. A ellos sí les molestaba. El ruido les estropeaba los dientes. Le habían dicho mil veces que se cortara las uñas.

Mickey sacó un queso con agujeros y se puso a comer.

A los alumnos les pareció normal que un ratón comiera queso con agujeros.

¿Qué otra cosa iba a comer? Se concentraron en el olor del queso.

Mecha avanzaba ahora hacia la resta. Hoy les iba a enseñar también la resta. Estaba decidida. Tal vez tuviera más suerte que con la suma.

Ocupó el pizarrón de la derecha y se puso a dibujar quesos.

Se dieron cuenta de que eran quesos porque la semana anterior había dibujado los derivados de la leche, y el queso que dibujó entonces era igual a esas cosas que ahora estaba dibujando. Sin duda, Mecha era mucho mejor para las cuentas que para el dibujo.

El ratón Mickey comía con una mano, y con la otra se limpiaba la boca. No parecía dispuesto a dejar ni una miga del queso. Ni siquiera las migas de los agujeros.

Los alumnos miraban cómo desaparecían el queso y sus agujeros entre los cachetes de Mickey.

Mecha seguía entusiasmada con la resta.

—Escuchen bien. Si yo tengo dos quesos y un ratón se come uno, ¿cuántos quesos quedan?

Los alumnos observaron que Mickey estaba tragando el último pedazo.

—Ninguno.

Mecha dejó caer la tiza al suelo. Apoyó un brazo sobre el pizarrón, la frente sobre el brazo, y lloró. ¡No podía con esas cabezas de adoquines! ¡Nunca, nunca podría! La suma y la resta seguirían siendo misterios eternos para ellos.

Levantó los ojos, como pidiendo ayuda al cielo, o al techo... En el techo estaban sólo la arañita y la mancha de humedad.

Entre desconsolada y furiosa, preguntó:
-¿Pero se puede saber en qué están pensando?!

-En el ratón Mickey -le contestaron.

Y era verdad, porque en ese momento el ratón se iba y ellos lo saludaban con la mano. Por lo visto, había venido nada más que a comer su queso tranquilo.

Cuando por fin Mecha se dio vuelta, claro, no lo vio, Mickey ya no estaba. Del bolsillo del delantal sacó un pañuelito, se secó las lágrimas y se sonó. Hipaba y sacudía la cabeza.

Sus alumnos la miraron. Otra vez algo andaba mal. Se preocuparon seriamente por ella. La vieron tan desalentada...

-¿Y ahora qué pasa, Mecha?